

## El amigo armado



Raul Zelik

# EL AMIGO ARMADO



TÍTULO ORIGINAL  
*Der bewaffnete Freund*  
Blumenbar Verlag, München 2007

TRADUCCIÓN  
Edorta Matauko

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Noviembre de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Raul Zelik  
© DE LA TRADUCCIÓN: Edorta Matauko

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
Navaz y Vides 1-2  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
Gráficas Lizarra S.L.  
Carretera a Tafalla, km. 1  
31132 Villatuerta - Navarra

ISBN  
978-84-8136-595-5

DEPÓSITO LEGAL  
NA. 3.186-10

txalaparta 

Para Martín, László y Jennifer: tres amigos únicos  
Mil gracias a : Sietevidas y Jonan

*Maitasunaren kariaz  
Hainbeste eman zuten  
Lagun izen gabeak.  
Inongo etekinik ez eta  
Hainbeste gauza bota dituztenak.  
Mundua ala norbera, arrazoia ala nahia,  
zein da antzaldatzen?  
Gaueroko epaian errudun  
ala gabe al dira sentitzen?  
Arakatu nahi nuke  
Urteon arrailduratik  
Haien bizitza.  
Haien bizitza ixila,  
Lagun erratuena,  
Bizitza bakarra.  
Mundua ala norbera, arrazoia ala nahia,  
zein da antzaldatzen?  
Gaueroko epaian errudun  
ala gabe al dira sentitzen?  
Goazen, bada.  
Palmondopean  
Laztan ditzagun  
Kaobazko eskuak  
Tristeziaren metro kuadratu  
Baten gaindi...*

*Amigos sin nombre  
Que por amor  
Tanto dieron.  
Que sin ganancia alguna  
Tantas cosas han tirado.  
El mundo o uno mismo, la razón o el deseo,  
¿cuál se transforma?  
En el veredicto de todas las noches  
¿se sienten culpables o no?  
Quisiera repasar  
Desde la grieta de estos años  
Sus vidas.  
La silenciosa vida  
De los amigos errantes,  
Su única vida.  
El mundo o uno mismo, la razón o el deseo,  
¿cuál se transforma?  
En el veredicto de todas las noches  
¿se sienten culpables o no?  
Vamos, pues.  
Acariciemos  
Bajo las palmeras  
Las manos de caoba  
Más allá de un metro cuadrado  
De tristeza...*

ALGECIRAS JUSTO DELANTE, a orillas del estrecho entre Marruecos y España. El periódico que hemos comprado en la gasolinera reposa encima de la guantera. Doblado.

La portada muestra el contorno ennegrecido de un camión calcinado. ESCALADA DE TERROR, aparece en letras grandes sobre la foto. Estos días las noticias de Irak se repiten con cansina monotonía.

Salimos de la carretera nacional N-340, que parece una autopista mal construida; dejamos el coche y, en dirección al mar, llegamos a una estrecha franja entre el asfalto y el agua, donde aún no han construido colonias de apartamentos. Según ha afirmado Rabbee en el coche, las playas no tienen una utilidad especial. «La única función clara que poseen es separar el mar de la tierra».

Sin embargo, al pisar la arena pone la misma cara de felicidad que los millones de turistas y pensionistas que hace tiempo tomaron posesión de la región.

—Fresco —habla del tiempo—. Yo creía que en agosto las temperaturas no bajarían de treinta grados.

Aunque el aire es húmedo, reina una atmósfera diáfana. Al otro lado de la angostura del mar se divisan los contornos de una cadena montañosa. En este punto el estrecho de Gibralt-

tar apenas alcanza veinte kilómetros de anchura. Dejamos perder la mirada. Casi se podía pensar que era fácil simplemente nadar hasta el otro lado.

—¿Por qué no escribes tu trabajo aquí?

Me encojo de hombros.

—No sería mala idea. ¿Dónde se puede conocer algo con más claridad que en los márgenes?

Que la normalidad, considerada desde el margen, desde la excepción, puede conocerse con especial nitidez, es también mi tesis, pero no respondo. Agacho la cerviz. Me pesan los hombros, aunque es Rabbee quien ha conducido todo el tramo desde Sevilla hasta aquí. Como para reafirmar la observación de Rabbee, un helicóptero pasa traqueteando treinta metros por encima de nuestras cabezas a lo largo de la franja costera. El aparato luce tonos amables, azul y amarillo. Con el objetivo de hacer olvidar para qué se usa.

—No sería lo mismo —digo—. En x todo se interpreta de manera totalmente diferente.

El helicóptero, con cuya ayuda buscan a los *boat people*, inmigrantes ilegales que intentan mantenerse alejados de la costa, desaparece en dirección suroeste. Grandes buques se abren paso frente al peñón de Gibraltar hacia el Atlántico. Torres de contenedores en el horizonte.

Rabbee dice que, según ha leído, los próximos años se volverán a mudar 800.000 familias de Inglaterra y Alemania a la Costa del Sol. Otra forma de inmigración... pero en absoluto como para movilizar el aparato policial-militar. Tomo un puñado de arena, y vierto el cuarzo molido de una mano a la otra.

Las olas rompen ante nosotros con estruendo. El agua se filtra en la arena, dejando tras de sí espuma burbujeante. Una membrana de aceite flota en la superficie. Una bolsa de plástico vacía, compresas ensangrentadas. A pesar de ello, a unos metros de distancia se ve a la gente zambulléndose en el mar.



De pronto siento el impulso de tocar a Rabbee. Besarle en público aún me resulta impensable. Quizás porque no quiero ser clasificado o identificado.

Me pregunto si no es ese un miedo pequeño-burgués.

Rabbee opina que en el extremo sur de España se da un fenómeno. «En cuanto dejas atrás Algeciras, surge una imagen diferente. Hacia el Atlántico la vegetación es más verde, el paisaje más suave, las playas están vacías». Hace una pausa. «Pero ahí también eso va a cambiar». En el mismo artículo, dice, hacen referencia a la fiebre de los buscadores de oro en las playas al sur de Cádiz.

Me decido a agarrar el dedo índice de Rabbee, y lo tomo con suavidad.

Tarifa. Tengo amigos que me han hablado muy bien de la ciudad: «Un lugar aún sin patear, no como Mallorca». Mientras deambulamos por las calles, me da la impresión de que la comparación no ha sido correcta. Lujosos coches con matrículas británicas, alemanas, luxemburguesas; en los escaparates, ropa de marcas dudosas. Imágenes, que me recuerdan a Rothenburg, en el río Tauber: feria museística de mercaderías varias. Me pregunto si Haberkamm apuntaría esto también como *identidad europea en proceso de constitución*: que los centros urbanos configurados funcionalmente no se distinguan para nada entre sí.

Entramos en un bar, y pedimos un rioja. «Lo peor es el neohippismo», digo. «Mochileros, que se creen progres, pero que en realidad no son otra cosa que la avanzadilla neoliberal del turismo organizado».

Tarifa es un paraíso para los surfistas. Las tiendas están orientadas hacia los jóvenes de habla inglesa consumidores de hachís.

Rabbee frunce el ceño. «Hablas como un pesimista cultural envejecido». El amigo sabe de qué va el tema. Tiene hecho el doctorado sobre las tesis históricas de Walter Benjamin.

El progreso... una tempestad que, arremolinándose en las alas de la historia y acumulando catástrofes, nos expulsa del paraíso.

Tomamos el vino, pido otra ronda. Las copas se empañan nada más ser escanciadas. En Andalucía hasta el rioja se sirve frío. Así mengua el sabor de los taninos. Desde las paredes nos observan toreros. Creo haber leído en una novela de Thomas Meinel que los toreros son *camp*. Machos y, sin embargo, maricas. Sus trajes y ademanes son del todo afeminados; el luchador que se enfrenta al animal, en cambio, exhibe virilidad. Decido guardarme la observación. Rabbee constataría que me estoy repitiendo.

En nuestra manera de conversar nos parecemos a una pareja de ancianos. Hace solo un mes que somos...

Sí, ¿qué somos propiamente?

*Pareja* no somos.

Dejamos el bar, el aire húmedo nos golpea el rostro. Avanzamos entre BMWs aparcados a la sombra; yo me concentro en mi punto alcohólico. Modesta euforia. Con determinación Rabbee se dirige a la playa, que se extiende desde el oeste de la ciudad antigua hasta la fachada atlántica de Tarifa. Poco antes de alcanzar el mar, aparece ante nuestros ojos la vieja fortaleza, desde donde antes España controlaba el acceso al Mediterráneo. Una impresionante construcción hexagonal que pese a la distancia infunde miedo.

En el interior, según parece, se encuentra un centro de retención para inmigrantes ilegales.

Esa observación también me la trago. Si así fuera, significaría lo siguiente: el punto más meridional del continente europeo es un retén.

Rabbee ha alquilado una sombrilla, y va en busca de un sitio para los dos entre jovencitas de Interrail, algunos surfistas y madres solitarias en mitad de la cuarentena. Yo paseo la mirada. Desde que tengo un, digamos, affaire con Rabbee, mi percepción se ha sexualizado. Es de notar que me interesan los cuerpos masculinos y femeninos en la misma medida. De todas formas, solo aquellos con claro aspecto masculino o femenino.

Inspecciono los cuerpos con atención. Lo bueno con mayúscula en la playa: se puede contemplar a la gente desnuda sin que resulte indiscreto. A los observados les da igual si alguien les contempla *a ellos* o al mar que rompe detrás.

Rabbee pregunta si tengo ganas de bañarme. Asiento con la cabeza. El agua está fría, es la corriente atlántica.

Voy a permanecer seis meses en España, con el fin de participar en un proyecto científico sobre Europa... con lo cual se presenta ya aquí la pregunta subyacente. ¿Qué significa eso: España, Europa? Hace menos de un mes que fui invitado. Bajo la dirección de Haberkamm, un grupo internacional y multidisciplinar vamos a investigar sobre la identidad europea. O bien, a tomar parte en su fabricación. Haberkamm lo ha llamado *Constitución de la conciencia civil supranacional*, y ha aclarado que los textos serán presentados y recopilados en diversos estados miembros de la UE. El proyecto conlleva una especie de latido de emancipación; ahora que el proceso de unificación está estancado en una crisis profunda, intelectuales europeos de postín quieren dar un nuevo impulso, y yo me he puesto a su servicio como uno de sus colaboradores. Haberkamm me ha propuesto España porque domino el castellano casi tanto como mi lengua materna. «Por otra parte, eso le dará a Ud. la posibilidad de sumergirse con normalidad en la realidad del lugar». Me pagan los gastos de viaje, el sueldo correspondiente a la categoría de un colaborador científico, y una prima por

trabajar en el extranjero. Además, puedo andar en gran medida a mi aire. Claro está, tendré que mantener correspondencia con Haberkamm y con el puesto de coordinación de Alemania. Pero podía elegir el lugar y el tema de la investigación. Haberkamm apuesta por, como diría un consejero de empresa, *liberar el potencial creativo*.

Me he decidido por x. Es cierto que con la ciudad, cuyo nombre hoy en día, para evitar malentendidos y asociaciones de ideas, es preferible no mencionar demasiado, ya no me une la misma relación que hace veinte años, pero todavía hay muchas cosas de la región que aprecio mucho. El paisaje, por ejemplo, el encuentro de las montañas y el mar, pero también la disposición de muchos de sus habitantes a no aceptar todo tal cual es. Haberkamm, para sorpresa mía, enseguida me ha dado el visto bueno. «Estupendo. Así iremos al museo Guggenheim, cuando vaya a visitarle». Yo había pensado que él preferiría una gran metrópoli. El entorno urbano de x, en cambio, solo tiene un millón de habitantes, incluidos los antiguos barrios industriales, muchos de ellos venidos a menos en los años ochenta y, entretanto, saneados a gran coste. Pero es muy probable que Haberkamm también haya reflexionado sobre eso, a saber, que un análisis desde la periferia provincial podría ser tanto o más atrayente. A fin de cuentas, la bondad de toda integración en ningún sitio puede medirse mejor que en los efectos que provoca en los márgenes.

Cosa con la que hasta Rabbee podría estar de acuerdo.

Después de haber aceptado la invitación de Haberkamm, llamé a Katharina.

—He conseguido un trabajo, pero no en Berlín.

Silencio.

—A Hanna también la llevaría.

Un momento de vacilación.

—Qué generoso por tu parte.

—La llevo conmigo, y tú te tomas unos meses de descanso.

—Creo que no es una buena idea.

Evidentemente, me alegré de que Katharina rechazara mi ofrecimiento. No estaba nada claro cómo me habría apañado con una niña de cuatro años en una ciudad extraña. En casa tenemos una plaza en el jardín de infancia, y dos o tres amigos que de vez en cuando atienden a Hanna. En x habría estado solo con la pequeña. Hemos convenido, por tanto, en que Hanna pase medio año con Katharina y, en ese intervalo, yo haga varios vuelos hacia casa.

*Convenido.*

—Tengo claro, pues, que estoy en deuda contigo.

—¡Qué hermosura, que sientas como una carga el tiempo pasado con tu hija!

—Yo no he dicho eso.

¿Qué había dicho, entonces?

—Pienso sin más en el estrés que te viene encima. Por eso, tómate tú también, después, unos meses libre.

Como si fuera tan fácil: seis meses conmigo, seis meses con ella.

—Okay.

Creo que Katharina ha desistido de discutir conmigo. Esta vez, al menos, mi argumento era realmente bueno: «Ya sabes, no estoy en situación de elegir mis trabajos».

La pista de grava cruje levemente cuando al día siguiente rodamos hacia el viejo molino del padre de Katharina, donde vive desde hará pronto diez años. Una polvareda nos envuelve. El torbellino de fina arena va posándose lentamente, y puedo ver a Hanna y a Armin, el padre de Katharina.

—Hola, tigresa –llamo a gritos a mi hija; ella corre hacia nosotros. Aliviado, la cojo en brazos; no me tiene olvidado. Hanna me da un beso, primero a mí; luego, cosa que me extraña, a Rabbee, que con una sonrisa le mesa el cabello.

Idilio de familia, aunque solo a primera vista. Katharina no nos ha esperado, sino que a la mañana, para no encontrarse con nosotros, se ha abierto a Portugal.

Al principio yo quería venir en busca de Hanna y pasar con Rabbee sus diez días de vacaciones en la costa no lejos de aquí, pero el padre de Katharina nos propuso que sería mucho más agradable que nos quedáramos en su molino. «Puedes traer también, si quieres, a tu nuevo amigo».

*Mi nuevo amigo.* Armin estima que tanto las separaciones como las relaciones homosexuales pertenecen enteramente a la vida normal... aun cuando ello ocurra en torno a la vida enteramente normal de su propia hija. Armin pertenece a una generación activista que ha sabido guardar un mínimo de ideas liberales.

Si Katharina lo ve de la misma manera, es algo sobre lo que no puedo opinar. Desde que nos separamos, le he perdido la pista.

Armin pregunta cómo ha sido el viaje. Rabbee responde que la carretera nacional de Algeciras a Málaga es un horror. «En las entradas a la carretera hay que meter primera».

Armin, asintiendo con la cabeza, dice que es en la N-340 entre Algeciras y Málaga donde suceden la mayoría de accidentes de toda Andalucía.

Ambos conversan sobre las tasas de mortalidad en las carreteras españolas, y, cuando parece que van agotando las preguntas, dan un giro inevitable hacia el siguiente tema: Marbella. Enseguida se ponen de acuerdo en que la ciudad es un compendio del mal gusto; los centros comerciales, diseñados a la medida de los compradores nórdicos y centroeuropeos, serían la prueba irrefutable de que también los ricos pueden vivir miserablemente.

Finalmente Armin pregunta si hemos cenado. Pronto darán las ocho, poco a poco el calor va remitiendo. Hanna le cuenta a Rabbee que el erizo sale a veces de su madriguera detrás del

viejo carro, pero siempre de noche. Me pregunto si aquí, en los montes de Murcia, habrá erizos.

Cenamos bajo una lámpara de petróleo colgada de un olivo: el molino de Armin después de diez años aún no tiene electricidad. Tengo a Hanna sentada en mi regazo, adormecida; y, sin embargo, no me siento a gusto. Cuando aún estaba con Katharina, vivía firmemente convencido de tener un problema con la constelación padre-madre-hija. Ahora estoy comprobando que no me siento mejor junto a la niña, sentado a la mesa con su abuelo alternativo y un ligue homosexual.

Más tarde, cuando nos acostamos, me alegro de que Rabbee gire sobre el costado y pronto quede dormido.

A la mañana siguiente partimos hacia los montes, a un pantano, a media hora más o menos del molino de Armin. Son poco más de las nueve, todavía no calienta mucho. Las laderas parduscas, polvorientas, se elevan alrededor de la laguna. El paisaje montañoso español en verano no es hermoso; al menos, no durante el día. Bajo el sol vertical el paisaje desaparece tras un velo de vapor seco.

Hanna dice que podríamos vivir aquí, junto a la orilla, todos juntos. En una casita blanca con cabras, gatos y, por supuesto, el erizo. «La familia completa. Hanna, papá, mamá y mamá».

—¿Mamá y mamá? —pregunto.

Rabbee sonríe con malicia. «¿Quién es, pues, la segunda mamá?»

—La novia de papá.

—En eso te equivocas. Papá es la novia de Rabbee.

Pero Hanna no se interesa por los detalles. Quiere que le hinchemos el flotador.

Rabbee se comporta ejemplarmente. Toma a Hanna en el regazo y le pone el flotador.

¡Con qué serenidad sabe tratar a la niña! Siempre tan cariñoso.

Dirijo la mirada sobre el agua.

Luego extendiendo la mano para coger el periódico.

Hemos comprado *El Mundo*, porque he comprobado que la diferencia con el liberal *El País* no es tan grande como creía. Lo abro en las páginas de noticias estatales. Puestos de trabajo para los trabajadores de los astilleros, una promesa que podría no cumplirse; las cotidianas tomas de posición sobre el conflicto en la región en torno a X; la reivindicación de los nacionalistas de izquierda catalanes a favor de reabrir los archivos de la dictadura franquista.

Y, finalmente, una foto, acompañada de un texto largo.

A dos columnas de veinte centímetros de altura se lee: *Reestructuración de la banda terrorista. La nueva cúpula.*

Las letras brillan al sol de la mañana. Aliso el papel.

Inmediatamente reconozco la cara.

Zubieta es el hombre de la imagen.



CUÁL ES EL VERDADERO NOMBRE DE ZUBIETA es algo que nunca he preguntado. Nuestro primer encuentro fue en la casa de una amiga común. En 1984, cuando aún no estaba en la clandestinidad. Montse –el nombre completo es Montserrat, como la montaña catalana– y yo nos habíamos conocido un poco antes en la feria del cómic de Angulema. Aquellos años solía competir con algunos amigos a ver quién iba, durante las vacaciones de Semana Santa y Pentecostés, más lejos con el menor dinero posible, y esa vez llegué a la ciudad del oeste francés, donde cada año se levanta el telón del cómic. Montse era graciosa, fumadora de porros, siete años mayor que yo. Nos encontramos en el stand de la editorial Casterman, que publica los álbumes de Hugo Pratt, y pronto se desarrolló una singular relación a tres. Conversamos sobre Corto Maltés, el personaje del vagabundo justiciero creado por Hugo Pratt, que evocaba al mismo tiempo a Che Guevara, a Bruce Chatwin y a James Dean, el bello inmortal; fue entonces cuando Montserrat, como exteriorizando un repentino antojo, me invitó a ir a su casa. Ella vivía a cuatrocientos kilómetros más al sur, al otro lado de la frontera, y ocupaba el primer piso de una casa que entre el vecindario era conocida como *la villa*. Desde la ventana de la cocina se veían los pastos para el ganado, una vieja iglesia,

plantas industriales algo venidas a menos, un pequeño puerto y la mar gruesa del Atlántico: la mezcla característica de la región en torno a x. En cuesta detrás de la casa, viejos campesinos segaban todas las mañanas la hierba, una superficie de diez por diez metros, con la guadaña, y hacia el mediodía, cuando el calor iba en aumento, empezaba a oler a heno. En dirección noreste se distinguía el contorno de los Pirineos.

Montse solía trabajar hasta las 7 de la tarde. Cuando llegaba a casa, nos sentábamos en el angosto balcón de la *villa* con la mirada puesta en la bahía del puerto pesquero. Montse mezclaba en la palma de su mano el hachís oscuro marroquí con tabaco ligeramente perfumado, lo enrollaba en papel de liar y después esperábamos la visita de Corto Maltés. Él normalmente llegaba algo más tarde, cuando ya había oscurecido, pero luego tampoco hablábamos mucho. En la región en torno a x, cuyo nombre entonces ya podía ser pronunciado e incluso a veces reconocido en los principales periódicos europeos por el espíritu rebelde de sus habitantes, la gente es considerada como de pocas palabras. Se dice que eso es porque la pesca, la minería y el pastoreo son profesiones solitarias. Es posible, en cambio, que tenga relación también con el hecho de que su lengua haya estado una y otra vez prohibida, o con que la vista del litoral y de los montes nubosos afecte al ánimo de uno.

Dábamos la imagen de una sociedad de conjurados: Montse, la mujer de sonrisa rasgada; yo, recién cumplidos diecisiete años; y Corto Maltés, el melancólico personaje de cómic.

Zubieta rompió esa paz. Un hombre de cara un tanto alargada y enjutas mejillas, pero con barriga incipiente. Parecía no tener ningún interés en lo que tenía delante. Cuando llegábamos a hablar de política, cosa inevitable en aquella época, y discutíamos sobre la revolución en Nicaragua, él usaba conceptos que a mí no me decían nada, conceptos como *necesidad objetiva* y *proceso social*. La mayoría de las veces no se quedaba mucho tiempo. *Obligaciones*.

Zubieta siempre tenía *obligaciones*.

Habían hecho el bachillerato juntos, me explicó Montse después de mi primer encuentro con Zubieta, y juntos aprendido la lengua que entonces aún era ilegal. Las clases eran clandestinas, en la recocina de una sociedad gastronómica, bajo una *ikurriña* con estrella roja. «Curiosa combinación: cocina, estudio, revolución...», comentó Montse, y sonrió. «Viejas batallas». Luego cada uno de los dos siguió su camino por separado. Más tarde me he dado cuenta de que tienen que haber estado liados.

En las Navidades de 1984 partí de nuevo hacia el sur: tres largas semanas. Con la intención de huir del invierno de Alemania, pero quizás también de acostarme con la amiga mayor que yo. Celebramos el cambio de año, de un año singular: punto álgido del pesimismo y del abatimiento. «No hay futuro», se decía, eso sí, en inglés, porque así parecía más auténtico. Todo iba a la ruina: el bosque, la humanidad y, en todo caso, el modo de vida burgués. En la *villa* ya apenas se hablaba de Corto Maltes. Hacíamos, en cambio, escapadas... al lado francés.

Bayona, que Montse nombraba con tozudez Baiona, reflejaba una especie de pétrea gravidez. La vía férrea ascendía desde la frontera a lo largo de colinas de un esplendoroso verdor. Hacía una suave brisa, el mar estaba cubierto de espuma de olas rotas. Un ventoso día de enero.

Encontramos a Zubieta en un bar. Detrás de él se leía en un cartel: *Kronenbourg bière d'Alsace*. Hablamos sobre literatura, y Zubieta inesperadamente se mostró efusivo. Quedó claro que él también escribía. Textos para el teatro, una revista literaria experimental, una banda punk, que más tarde se hizo muy famosa y contra la que, más tarde, mientras evolucionaba hacia el estilo dub, se llegó a declarar un veto a sus actuaciones fuera de la región. Zubieta nos guió por la ciudad. Bayona parecía pequeña, tosca, vetusta; no he vuelto a ir allí más veces. Montse pasó la mayor parte del tiempo callada,

como si tuviera algo que hablar con Zubieta y yo se lo impidiera. En Bayona se juntan para llegar al mar La Nive y El Adur: son ríos pardo-grisáceos que nacen en los Pirineos, pero que aquí, al llegar a su desembocadura, fluyen lentamente. Recuerdo imágenes de nuestro paseo: el cielo tenebroso, árboles encorvados por el viento, banderas francesas sobre el muro del muelle, barcos de pesca. De vez en cuando una observación irónica de Zubieta, acompañada de una sonrisa.

Y una y otra vez su mirada nerviosa por encima del hombro.

Entre 1983 y 1989, los derechistas *Grupos Antiterroristas de Liberación* asesinaron a más de veinte personas en diversas localidades del suroeste francés, cerca de la frontera. Años después pudo leerse, también en los diarios europeos, lo que todo el mundo ya para entonces sabía en la región en torno a x, pero que, fuera de allí, solo podía ser afirmado si se estaba dispuesto a ser considerado irónicamente como teórico de la conspiración: a saber, que el gobierno socialista creó los escuadrones de la muerte, para obligar a Francia a extraditar a los miembros huidos de la organización prohibida. Entonces todavía recibían asilo en el país vecino. No hacía mucho que Franco había muerto, y los intersticios del conflicto eran evidentes. Una vez Zubieta también escapó por poco a un atentado. Cuando le visité en Hendaya en las navidades de 1986, nos cruzamos en la entrada de la casa con un vecino al que pocas semanas después mataron allí mismo. Según explicó Zubieta, el hombre había huido al lado francés porque no quiso cumplir el servicio militar en España. Nunca tuvo nada que ver con grupos clandestinos, pero a pesar de todo los GAL, a las órdenes del gobierno español, le colocaron una bomba debajo del coche.

Eso también forma parte de la normalización democrática. Parte de la historia del terror.

Estamos pasando unos días tranquilos en el molino de Armin. Rabbee recorre con Hanna las inmediaciones, y observan a los animales domésticos de la vecindad; Armin se dedica a su huerto; yo leo una novela de Dietmar Dath, uno de esos libros que nada más ver su volumen siempre me han asustado, e intento no pensar en el artículo con el que me topé inesperadamente la víspera.

Al mediodía Armin nos invita a comer. Pizzería con vista al mar y al puerto. Mark, amigo de Rabbee, afirmaba recientemente en una conferencia que en la Costa del Sol hacía años que no se ejercía ninguna actividad pesquera. Los barcos están anclados en el litoral por iniciativa de las oficinas de turismo.

Hanna pregunta por qué voy tan pocas veces a casa.

—En la mía también estás en casa, ¿no?

—Pero allí no está Leyla.

Leyla es el gato de Katharina.

Armin charla con Rabbee sobre el nivel de las universidades alemanas. Rabbee hace constar que los principios críticos han sido borrados por completo de los planes de estudio. Armin le responde que el sistema universitario alemán ha postergado las reformas necesarias. Parecen comprenderse a la perfección, aunque respecto a cada tema hablen sin entenderse. Su esfuerzo por mantener la armonía en el trato me irrita.

En ese momento llama Katharina al móvil. Quiere saber cómo está Hanna.

—Bien –digo escueto.

—¿Me la pasas, por favor?

Exhalo un suspiro. Katharina sabe que un minuto en el extranjero me cuesta treinta céntimos. Podía darme un número, para devolverle la llamada.

—Sí, claro.

Treinta céntimos por minuto: pensamientos de un temperamento bajo presión.

Los presentes desaparecen entre bastidores.

Miro por la ventana.

El mar parece un plano plomizo.

Y de repente me vuelvo a acordar del final de nuestra visita en Bayona: bastante a las afueras de la ciudad, nos sentamos Montse, Zubieta y yo, en plan trío, sobre la arena. Era diferente que con el héroe de cómic Corto Maltés. Un trío allana las dificultades, cuando los participantes abandonan el mundo del cuento. Zubieta me explicó su forma de ver las cosas, «el conflicto», como él decía, «la guerra no declarada». De repente se puso muy locuaz.

Montse, en cambio, estuvo en silencio. Lentamente cayó la noche, gotas de espuma nos salpicaban una y otra vez en la cara.

Yo empecé entonces a admirar a Zubieta, pero mi verdadero interés, antes como ahora, era por Montse, Montserrat, la mujer de voz rasgada.

Ella no volvió a participar en la conversación hasta que volvimos a tocar el tema de la escritura. Discutimos sobre existencialismo, los surrealistas, el *Nouveau Roman* y la literatura escrita en la lengua largamente prohibida. No tardó mucho en salir el nombre de Joseba Sarrionandia, un joven escritor que había sido detenido en 1980 y condenado como terrorista. Montserrat lo calificó de “el mayor talento de los escritores jóvenes”, y Zubieta añadió que “hay que entender de una vez por todas que una posición se manifiesta menos en el contenido que en la forma”.

Me acuerdo con exactitud de su formulación.

—Lo político no es sobre qué se escribe, sino *cómo* se escribe —agachó la cerviz; así pues, mi mirada se posó en Montserrat, que estaba sentada junto a Zubieta en el lado habilitado por mí.

Sus facciones eran finas, de niña, más que nunca.

¿QUÉ HABRÍA PASADO, SI MONTSERRAT Y YO NOS HUBIÉRAMOS LIADO? ¿Me habría ido a vivir a su casa? ¿Me habría aclimatado a la región en torno a x? ¿Habría empezado a identificarme con la postura de Zubieta? ¿Habría conocido alguna vez a Katharina, tenido alguna hija? ¿Me habría distanciado, también en el espacio, de aquel círculo que me leía con tanta indiferencia? Y finalmente ¿qué habría significado eso? ¿Me habría comprometido algún día como Zubieta? ¿Habría tirado la propia vida, me habría atrevido a sentenciar, habría desarrollado la capacidad de matar?

Montserrat y yo no nos hemos liado. No nos hemos acostado, ni siquiera nos hemos besado.

Quizá porque creíamos que la diferencia de edad era demasiado grande.

No me he ido a vivir a x, sino a Berlín.

A la mañana Rabbee y yo, después de una semana en el molino de Armin, nos ponemos en marcha. Dejamos allí el auto,

para Katharina, que regresará de Portugal por la tarde y me llevará el coche hacia x dos semanas después.

Al despedirnos, me pregunto si echaré de menos a Hanna. La impresión de no afectarme nada realmente. A veces tengo la sensación de no tener sensaciones, de ser emocionalmente inexistente: puedo comportarme como si fuera normal, los conocidos tal vez hasta me consideren amable; sin embargo, en el fondo, a menudo sólo rebose indiferencia. Cuando mi hermana estuvo en coma, durante días deseé que al final muriera. El pensamiento de que sobreviviera como enferma permanente me hacía desvariar. Además, como todos en la familia resaltaban, yo y mi hermana siempre nos habíamos llevado bien. Su posterior y rápida recuperación la sentí con gran dicha... más por mí que por ella.

¿Qué pensarían mis amigos si supieran lo que en tales momentos prevalece en mí?

Prometo a Hanna hacerle una visita pronto, y la abrazo estrechamente. Armin nos da palmaditas en la espalda.

—Volved otra vez... sin Hanna también... siempre que queráis.

Asiento en silencio, agradecido. Su generosidad me avergüenza.

Cuando Hanna rompe a llorar, le beso en los ojos.

—Sé cariñosa con Armin –digo.

—¿Cariñosa? –solloza Hanna.

—Quiere decir fastidiosa –aclara Rabbee. El autobús para. Ponemos nuestras bolsas en el maletero, subimos y hacemos señas con la mano. Hanna y su abuelo pronto quedan atrás.

A eso de las nueve de la mañana llegamos a Murcia. En el parque público cerca de la estación están acampados cientos de indocumentados de Europa del este, latinoamericanos y africanos. Tenemos que esperar una hora antes de continuar el viaje; Rabbee y yo nos sentamos en el parque a la sombra de un



pino. Aquí solo pernoctan hombres. Están esperando un trabajo en una plantación o en un solar en construcción. Rabbee me formula una pregunta tomándome por Haberkamm: «¿Cómo se comporta la nueva identidad civil europea de la que Ud. habla, respecto a aquellos trabajadores que son trasladados desde los estados europeos en una situación –como diría Giorgio Agamben– de *vidas desnudas*, para poder explotarlos como fuerza de trabajo barata?».

Creo que la respuesta de Haberkamm resultaría tenue.

A la diez parte el bus en dirección a Madrid. Una vez que hemos dejado atrás el litoral, comienza la meseta, páramo agrícola: limones, vino, ajos, cereales.

Y *Clubs*. Cada yermo tiene su burdel. Algo apartados de las aldeas y de las casas de labor, hay edificios de no más de tres pisos con las contraventanas corridas a cualquier hora del día y de la noche y un patio amurallado de más de dos metros de altura.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla.

Una vibración.

—¿Qué escuchas? –pregunta Rabbee. Fuera se deslizan campos de trigo cosechados.

Escucho a Sidestepper, electro latinoamericano.

En la carátula puede verse a una persona que da la espalda a la cámara. No sé si es el mismo Richard Blair, el único miembro original de Sidestepper. En el revés de su chupa aparece en grandes letras BRASIL.

La imagen me dice casi más que la música misma.

—¿Y tú, qué escuchas? –contesto.

El hecho de que Rabbee lleve siempre los auriculares puestos, en cierta medida, me resulta esclarecedor: Rabbee está colgado. Por qué he ido a dar con un iPod, en cambio, es para mí un

enigma. Cuando escucho música más de media hora, me siento amodorrado.

Rabbee me pasa los auriculares. La cantante rapera tamil-británica M.I.A. La escucho brevemente.

Cuatro horas más tarde, Madrid. Calor infernal. En el hall de espera de la estación Madrid Sur se apiña la gente. Los billetes de autobús, agotados. Aquí también letreros y carteles en rumano y búlgaro. Hombres jóvenes que, una vez terminada la temporada de trabajo en las plantaciones de fruta, regresan a sus lugares de origen. Y llama la atención la cantidad de mujeres latinoamericanas acompañadas de hombres que no tienen aspecto de ser sus compañeros de pareja o amigos.

—En el caso de que el capitalismo algún día quebrara —le digo a Rabbee— y el nuevo orden intentara legitimarse por medio del relato de las atrocidades del sistema ido a pique, estas historias se convertirán en argumento de documentales televisivos y reportajes *real crime*, exactamente igual que lo son hoy en día los informes sobre la persecución llevada a cabo por la Seguridad de Estado —*Statsi*— de la RDA. Se relatarán las tragedias de inmigrantes borrachos y de mujeres puestas en venta en la prostitución, y todos se preguntarán cómo el conjunto de la sociedad podía ser tan indiferente».

—No está mal, pero algo moralista en el tono —contesta.

—Eso es la educación protestante.

—Yo pensaba que eras católico.

—Pero aun así puedo haber sido educado al estilo protestante.

Nos quedamos en el prado delante de la estación de autobuses, a la espera de que den las cuatro y media de una vez. Madrid no me gusta especialmente. En invierno hace demasiado frío, en verano demasiado calor. Un jardinero abre la llave de riego y, al dispararse el agua en forma de llovizna, aparece en la pileta, en medio del césped, el periódico con la

fotografía de Zubieta flotando en el aire. La imagen del amigo realiza un baile peculiar sobre la superficie. Su mirada se va haciendo más torva a medida que se va mojando.

Zubieta era el mayor de tres hijos. Según contó Montserrat más tarde, Zubieta sólo iba y venía por el internado donde ella, como tantos otros niños, fue a parar en los primeros años de la década de los setenta, ya que él servía en casa. Su familia era natural de una aldea costera próxima a x y poseía una pequeña tienda que marchaba mal, donde vendían pan y periódicos. También el padre de Zubieta, como la mayoría de los habitantes de la aldea, se alistó en una fábrica de x, eran los años de la segunda gran ola de industrialización, y en los pueblos en torno a x muy poca gente se quedó a trabajar de campesino o pescador. Como el padre sólo iba a casa los fines de semana, ya con diez años Zubieta tuvo que ayudar: pasar las tardes libres en la tienda, cuidar de la hermana pequeña u ocuparse de las dos vacas que estaban medio olvidadas en el establo. Montserrat resaltó que era un niño triste, un discípulo callado y contenido sobre el que nadie sabía nada personal. Antes de cumplir los quince, cuando empezó a negarse a trabajar en casa, experimentó un cambio brusco de verdad. Franco estaba dando sus últimos coletazos y en la región en torno a x, más aún de lo ordinario en la península, se respiraba un ambiente general de marcha. Las chicas empezaron a llevar minifaldas; las parejas se besaban en público; la Iglesia, uno de los pilares más firmes de la dictadura, iba perdiendo influencia; casi a diario había manifestaciones y huelgas. Zubieta, contagiado por el ambiente, se dejó crecer el pelo, pasaba el tiempo libre con la cuadrilla, el círculo de amigos, y se apasionaba con el sexo femenino. Estaba claro que no era solo inteligente porque había perdido aparentemente las tardes en la tienda leyendo revistas y escuchando emisiones radiofónicas internacionales, primero; los programas musicales de Francia, lue-

go también y las noticias en lengua española de la BBC o Radio Moscú; no, además de eso, podía ser también muy divertido. Fue también en ese tiempo en el que, excepción hecha de los hijos de los policías, apenas había un joven que no quisiera convertirse en revolucionario, cuando la cuadrilla de Zubieta y Montserrat comenzó a deambular por manifestaciones prohibidas. Franco murió, el Rey aseguró la continuidad, en las calles cientos de miles exigían una amnistía. Zubieta y Montserrat se adhirieron a un partido trotskista que había surgido, como la mayoría de los grupos radicales de entonces, de la organización prohibida; volvieron a hacer suya la lengua marginal que todavía hablaban los mayores en casa pero era considerada como de ámbito rural y no cultivada; y a menudo se quedaban durante días en X, la gran ciudad donde todo era diferente, excitante. Se discutía sobre novelas francesas, se experimentaba el sexo por primera vez con torpeza, había temor a las enfermedades venéreas y al embarazo, se era socio de un cine-club, para ver películas de Francis Ford Coppola y Jean-Luc Godard o *Easy Rider* de Dennis Hopper; todo se compartía, a veces, hasta el compañero o la compañera; se hablaba de fundar una comuna; se asistía a clases de formación política; la gente se bañaba desnuda en el mar y se avergonzaba; era detenida en los controles rutinarios de policía, molida a palos y encerrada durante dos días, y por primera vez, se consideraba como una dote el que alguien del círculo de amigos «pasara al otro lado».

A Zubieta le costó entrar por el aro de la universidad; entretanto, empleaba cada rato libre en reuniones y sesiones de formación. A pesar de que entonces defendía, como todos los del círculo de amigos, una sublevación armada como única solución, él discutía con los demás sobre la línea política. La mayor parte de ellos hablaban de Uruguay o de las Brigadas Rojas italianas; Zubieta, en cambio, quería *construir el movimiento obrero de masas*. Se comprometió en una iniciativa civil contra la construcción de una central nuclear y cada vez se dejaba ver

con menos frecuencia entre los amigos. Debió de ser en 1979 o 1980 cuando él y Montserrat se separaron. Ella empezó a estudiar filología; él lo intentó primero con la economía política, luego con las artes escénicas. Más tarde, otra vez que la interrogué sobre el amigo, afirmó que él en aquella época había tenido una nueva evolución.

—Hasta los quince era un niño solitario; a partir de los veinte, un hombre solitario. Él sólo ha vivido realmente los cinco años intermedios.

Pero no sé si no fue una de esas observaciones con las que se intenta adornar el pasado.

Poco después de las ocho, el autobús rueda a la altura del desfiladero de Pancorbo. Estoy contento por llegar, al fin. En este lugar, al norte de la península, a 250 kilómetros al norte de Madrid, se deja atrás la meseta castellana. Solo una angosta hendidura interrumpe la peña cortada a plomo que limita la Meseta. A tres niveles, carretera nacional, autopista y vía férrea atraviesan el barranco. Aquí, el tiempo, exceptuando el tránsito de personas y bienes, parece estar parado. El macizo rocoso con aspecto de fortaleza amurallada marca una frontera natural. Una vez atravesada la puerta, se siente el influjo del Atlántico. Las pendientes verdean, colinas y montañas se encadenan en valles poco profundos, huele a mar. La región en torno a x, desde un punto de vista meramente topográfico, parece separada de España.

El autobús se detiene, nos apeamos. He sacado los billetes solo hasta Pancorbo. Rabbee debía ver el paisaje, mi llegada a la región debía tener algo festivo.

En la población junto al paso hay un único lugar de hospedaje, situado en las afueras. Cuando nos dirigimos a la aldea, el sol poniente proyecta largas sombras ante nuestros pies. Las rocas que cercan el Paso de Pancorbo están envueltas en una luz anaranjada. Admiro la belleza de la pared rocosa, al pie de

la cual se levanta una antigua ermita de peregrinos dedicada a Santiago.

Pedimos café en una taberna de aldea y nos sentamos en el banco delante del local. Chillido de golondrinas. Pancorbo es uno de los innumerables pueblos españoles que, excepto en las vacaciones de verano, están casi desiertos. Un chaval que está jugando junto al banco del parque nos explica que en invierno está solo en el pueblo con otros dos niños.

—Y, ¿con quién juegas entonces?

—Cada mañana viene el autobús a buscarnos y nos lleva a la ciudad.

En mi cuaderno garabateo un par de notas para mi trabajo en el proyecto. Entrada en la UE, última ola de emigración a las ciudades, especulación inmobiliaria, transformación del litoral mediterráneo y de las regiones montañosas próximas a núcleos urbanos en grandes colonias vacacionales yuxtapuestas. En Madrid y en Barcelona, más coches recién fabricados en las calles que en la mayoría de las ciudades alemanas. Cambio radical de la estructura social: de la familia de diez hijos al espacio sin niños. Por ninguna parte pasó tan fuerte y rasantemente el proceso de acomodación a Europa como por aquí: no necesariamente de forma traumática, pero tampoco como lo que podría calificarse de progreso social.

Después del segundo café siento un ligero dolor de cabeza. El chaval con el que hemos charlado va a buscar a su padre, por un momento reina un absoluto silencio en la plaza del pueblo. Desde la taberna se oye el zumbido de un frigorífico. Rabbee clava las manos en la nuca, hace girar la cabeza y después, resollando, levanta la mirada hacia el cielo de la noche, donde se bosquejan las primeras estrellas.

La visión del periódico flotando a merced del agua invade mi mente. En la foto Zubieta tenía aspecto de ser peligroso.

Un perro ladra.

Me pregunto si en la Policía existe un departamento que manipula las fotos de búsqueda hasta hacer desaparecer de las caras de los buscados todo rastro amistoso.

Y después siento de repente un miedo inexplicable.

*UNA MAÑANA ÉL SE VA DE CASA. Mete documentos y ropa en una bolsa, cierra la cremallera y extiende la mano para coger un libro. El nombre de la cubierta del libro es llamativamente largo; la foto del autor, borrosa: un hombre, barbudo, mediada la veintena, sonriente.*

*Se oye la bocina de un coche delante de la puerta. El protagonista, muy joven, coloca de nuevo el libro en su sitio y echa una última mirada alrededor. En la pared cuelga un calendario; se reconoce el número 1985; afuera, delante de la ventana, se pueden ver plantas industriales y un campo recién segado. La hierba se seca en la pendiente.*

*El joven abandona la vivienda y entra en un coche, un viejo SEAT aparcado delante de la puerta, donde le espera un conocido. El aspecto de las calles parece no coincidir con el año del calendario: moda y peinado como en los años setenta, chimeneas humeantes como en la temprana edad de la industrialización, consignas políticas en las paredes por donde el SEAT transita.*

*Los hombres dejan su vehículo en una calle de la parte vieja de la ciudad y suben a una furgoneta. En el toldo lleva escrito Sonido Estéreo en letras grandes de color azul oscuro; debajo, un número de teléfono con el prefijo 943. Una vez dejado*



*atrás el casco urbano, la furgoneta llega al cabo de un rato a un edificio grande, no lejos de una vía férrea. Torres de vigilancia, alambradas, muros elevados: evidentemente, una cárcel. El control de la entrada no dura mucho... parece que la furgoneta tiene anunciada su visita. Pasa la puerta de la cárcel, desciende una rampa y va a descargar. En una gran sala se montan los bafles y se colocan filas de sillas.*

*El salón está a rebosar; los músicos suben a la tarima, empieza un concierto. El público no lleva uniforme de presidiario, pero se reconoce enseguida que están entalegados. Tras estos, junto a las salidas, se apuestan los carceleros. Caminan haciendo esos. Después de la última canción –largo aplauso de rigor– uno de los presos da por terminada la función, el gentío se levanta, salen con alboroto de la sala. En ese momento, el joven, nuestro protagonista, salta decidido a la tarima y con unos pequeños empujones retira las cajas de altavoces a un lado. Al mismo tiempo, uno de los presos se separa del bloque en movimiento y se desliza, sin ser visto por los funcionarios, hacia un espacio habilitado para cambiarse. El joven, nuestro protagonista, lleva ahora dos altavoces en una carretilla hasta la puerta misma de ese improvisado vestuario, retira la cubierta de goma-espuma del altavoz y, justo en el momento en que un carcelero sube a la tarima a controlar si se ha rezagado algún preso, abre el vestuario. El que está oculto se arrastra hacia la caja negra apartada allí mismo y se acurruca dentro. En medio de un ruido de conversaciones y música de la banda, el carcelero observa desde la tarima sin descubrir nada; nuestro protagonista asegura de nuevo la cubierta de goma-espuma en la caja del baffle y la lleva con la carretilla hasta la salida del vestíbulo. Aunque desmontar toda la instalación y volver a cargar la furgoneta no lleva mucho tiempo, los siguientes minutos parecen eternos. En cualquier momento los carceleros podrían caer en la cuenta de que uno de los presos no ha vuelto a su celda.*

*Finalmente, la furgoneta de Sonido Estéreo se pone en marcha. En el puesto de control a la salida de la cárcel espera la*

*policía: Guardia Civil. Entonces todavía llevaban tricornos, aquellos puntiagudos sombreros negros cuyo aspecto evocaba el recuerdo de la dictadura. Nuestro protagonista se echa a temblar cuando los policías le hacen bajar de la cabina y abrir la puerta trasera, gotas de sudor recorren su frente. Vaya estupidez, piensa, intentarlo de esta manera, demasiado burdo. Las grandes cajas negras francamente cantan a escondite.*

*Sin embargo, la Guardia Civil no obliga a los empleados de Sonido Estéreo a sacar uno por uno los altavoces. Los policías dirigen una mirada superficial hacia la carga de la furgoneta, asienten sin palabras y con gesto autoritario dan permiso para que la furgoneta siga adelante. El vehículo –y dentro de él el joven, su acompañante del SEAT, un conductor y el preso fugado– va rodando por los suburbios de una ciudad con balneario y puerto. El cielo parece desenfrenado, el mar espumoso, blanco verdoso, reina una sensación parecida a la euforia.*

*Finalmente, la furgoneta para ante la entrada de un almacén. Nuestro protagonista pasa al espacio de carga y retira la cubierta de goma-espuma del bafle. El preso huido, que ahora sale a rastras algo desmañado, va a caer, feliz, en los brazos de nuestro protagonista. En este mismo instante se le puede reconocer: es el autor del libro que el protagonista tuvo a la mañana en la mano, el escritor Joseba Sarrionandia, ya entonces bastante conocido: fundador de una revista literaria ilegal, activista de una organización cuyo nombre todavía en los años ochenta sonaba diferente... hasta el presente, uno de los autores más importantes de la región en torno a x.*

*Nuestro protagonista le acaricia la cabeza, los dos hombres se desean suerte; luego, el preso huido salta del espacio de carga a la calle y desaparece en el portal de una casa donde evidentemente lo esperan. Su liberador vuelve a la cabina del conductor y va con la furgoneta hacia el domicilio social de la empresa Sonido Estéreo, desde donde mañana mismo saldrá para cruzar la frontera hacia Francia.*

*Escribimos esto el año 1985; desde entonces, ni nuestro protagonista ni el escritor han regresado.*

Que fue el mismo Zubieta quién liberó a Sarrionandia de la cárcel en 1985 lo he llegado a saber años más tarde por la prensa. Así fue como tuve noticia de la fuga. Hay una canción bastante conocida que cuenta la historia y que a menudo se tocaba en las fiestas populares de la región en torno a x.

A la mañana siguiente, Rabbee y yo recorreremos en tren la última etapa de nuestro viaje. De Pancorbo a x son casi otras tres horas.

Cuando llegamos a la ciudad, el calor aprieta. El aire del mar empujado desde el Atántico hacia el interior se estanca en las estribaciones de los montes cantábricos y se caldea. Calor húmedo, casi tropical. Eufórico, voy corriendo por las vías del tren hacia la salida de abajo. Soy feliz por estar de nuevo aquí, por primera vez para pasar más tiempo que solo uno o dos meses. Mientras caminamos sudando en dirección al casco urbano, le explico a Rabbee la estructura de la ciudad. La Ría, la desembocadura del río modelado por las mareas, divide x en dos mitades. En la margen izquierda del sucio y turbio río se extendía antes una de las mayores concentraciones obreras de Europa; entretanto, este lado también ha sido saneado a fondo. A los tonos oxidados de la industria del acero les han tomado el relevo relucientes edificios de vidrio y cromo: museos, palacio de congresos, hoteles. La circulación por las calles, bien organizada, es fluida; un tranvía nuevo se desliza por el campo de visión; perfumerías y tiendas de moda completan la imagen. Una vez Montserrat contó que todavía hace veinte años en x no se podía tender la ropa blanca para secarla afuera, porque era corroída por las emanaciones de gas. Se dice que las empresas repartían regularmente nuevas cortinas gratis a los

vecinos. Hoy ya solo quedan en el extrarradio un par de fábricas de papel que ensucian el aire.

Se puede respirar de nuevo; en contrapartida, solo en la margen izquierda de la ría han desaparecido cientos de miles de puestos de trabajo, y las empresas inmobiliarias están transformando los viejos barrios obreros en complejos de oficinas comerciales y viviendas para la clase media.

Rabbee sonrío.

—En Andalucía aún ves algún que otro rincón sucio. Pero aquí está claro que esto es *la petite bourgeoisie*... Suiza, Lago de Ginebra o algo así.

—En el Lago de Ginebra —le contesto— no votan el quince por ciento izquierda radical.

Hacemos el recorrido de cuatro estaciones en el metro, que parece una pieza de exposición de la última bienal de arquitectura. Montse, que pasa sus vacaciones en Marruecos, Méjico o la República Dominicana, no recuerdo exactamente, nos ha dejado la llave de su casa en un bar cercano, ya que hasta primeros de mes no puedo instalarme en mi propia casa. Cuando Rabbee y yo entramos en el local, capto una referencia al estado de excepción que reina en x y alrededores: un cartel político, fotos de presos, un diario alternativo. Sin embargo, en las paredes del bar de la esquina solo cuelgan imágenes paisajísticas. El dueño, parco en palabras, me entrega la llave en mano y poco después Rabbee y yo subimos a la pequeña vivienda abuhardillada donde vive Montserrat con su pareja. No sé ni cómo se llama. En todos los años que la conozco, no le he preguntado ni una sola vez por el nombre de su compañero.

La verdad es que siempre está trabajando.

La casa apesta. El gato, que nos pasa rozando alrededor de las piernas, no busca con afán comida o agua, sino hacerse notar. Yo, en cambio, no le presto ninguna atención, me da asco el olor a orina y excrementos. Después de ocuparse Rabbee del

nicho del gato y ducharnos los dos largo y tendido, me tumbo sobre la cama de Montserrat. Los cómics todavía están en el mismo sitio en el estante del dormitorio, aunque, como dijo mi amiga por teléfono, hacía años que no perdía ya el tiempo pensando en Corto Maltés. Cuando dijo eso me pregunté si quería comunicarme algo... una noticia oculta que podría referirse tanto a mí como a Rabbee. Ruidos callejeros penetran a través de la ventana hasta el interior. En la pausa del mediodía se puede estar muy tranquilo en x, sobre todo en los barrios de las afueras, en dirección al mar. De todas formas, el ruido nunca se extingue del todo, siempre hay algo que escuchar. Miro al techo y escucho a Rabbee hojeando un libro. De repente no deseo otra cosa que estar solo.

Cuando conocí a Rabbee, me gustaba su levedad. Su capacidad para darse a la gente. Pero desde que estamos en camino, tengo la sensación de que todo no ha sido más que un malentendido.

Pienso: estar acompañado merma la intensidad de las vivencias, es imposible dedicarse momentos.

Como más feliz estaba siempre, era solo.

*¿Era yo eso?*

Rabbee saca la ropa de la bolsa. Le hablo sobre la fuga de Sarriollandia de la cárcel y sobre el papel que en ella jugó Zubieta, el hombre designado en los periódicos como *cabeza de la banda*. No menciono que le conozco.

—Vale... —asiente Rabbee con la cabeza—. Pero una *story* de ese tipo podrías también contarla sobre un islamista que se fuga de Guantánamo.

—No es lo mismo —respondo.

—Cierto, lo mismo no es —Rabbee: sutil, maestro de la expresión precisa, hábil mosquetero verbal de la lengua alemana—. Pero también matan a la gente que, a sus ojos, ha optado por

la identidad falsa.

—¡Eso no es exacto! —suelto un gallo.

—¿Entonces?

—En primer lugar, desde hace tres años no han matado a nadie... Y en segundo, sobre ese asunto, los mandatarios de los dos principales partidos a nivel estatal... —no concluyo la frase. Cada constatación debe sonar a justificación. Esto también es parte de lo indecible: cada observación está al servicio de un sistema de significación fijo. Ya no es posible ser preciso, sino tan solo corroborar una u otra explicación.

—Lee la novela de Sarrionandia —vuelvo a la carga—. No es en absoluto identitaria o nacionalista... O piensa en Zubieta. Llevan veinte años de vida clandestina y, a pesar de todo, escriben. Por cierto, sobre temas como la relación entre lengua, literatura, represión, poder. En Europa, en el siglo XXI, treinta años después de la muerte de Franco...

Rabbee enciende un cigarrillo con parsimonia y se encoge de hombros.

—De todas formas, es la historia de la pequeña aldea gala, ¿no? La *story* de una comunidad de conjurados que se resiste a la corriente del tiempo... ¿No te parece que lo que hemos visto junto al estrecho en Tarifa dice más sobre España que esa historia étnica?

Puede ser, me quedo con la palabra en los labios, pero también puede ser que no. Quizás todo esté relacionado entre sí: el helicóptero que da caza en la costa del Mediterráneo a los emigrantes africanos, la especulación inmobiliaria alimentada con el dinero negro y de la droga, las colonias vacacionales sin alma levantadas por ilegales a sueldo de hambre y el deseo de varios cientos de miles de personas de no formar parte de ese estado de cosas.

Pero no sé cómo explicarlo para hacerme entender.

Luego, a la tarde: baño de sudor. Me levanto para ducharme por segunda vez. La gata está fuera, se habrá deslizado por la ventana de la cocina y andará vagabundeando por los tejados del vecindario. Al pasar por la sofocante habitación de apenas ocho metros cuadrados, enciendo la radio.

Ruper Ordorika, uno de los más conocidos músicos de la región, canta en el idioma marginal antes prohibido.

Me quedo en pie junto al frigorífico, fuera centellea la ría.

Ordorika, que a menudo pone en música poemas de escritores amigos, canta: *hainbeste eman zuten / lagun izen gabeak...*

Con los idiomas pasa como con las habilidades motrices, una vez aprendidos nunca se olvidan del todo. Aunque nunca he dominado correctamente el idioma que se habla, que *también* se habla, en la región en torno a x, siempre que creo haberlo olvidado por completo, vuelve inesperadamente:

*Goazen, bada. / Palmondopean / Laztan ditzagun...*

Vamos, pues. / Acariciemos / Bajo las palmeras / Las manos de caoba / Más allá de un metro cuadrado / De tristeza...

Siento un picor en el pecho, gotas de sudor me recorren el vientre.

¿Por qué remite todo a la misma historia?

A decir verdad, cualquiera podría darse por aludido con esto: *lagun izen gabea, lagun erratua*, amigo sin nombre, amigo errante. Pero a nadie le cuadra mejor que a Sarrionandia que, en su juventud, juntamente con el músico Ordorika, fundó en los años setenta una revista literaria ilegal y que después de su fuga de la cárcel debe de haber andado clandestinamente

en los trópicos. Es decir, a alguien que ha cambiado los seis metros cuadrados de tristeza de una celda por una choza bajo las palmeras.

Después de la ducha le propongo a Rabbee ir a dar un paseo. Para alivio mío, me responde que no quiere acompañarme.

Al casco viejo de x lo llaman los del lugar *las siete calles*, siete calles estrechas en la margen este de la ría, en las que se suceden uno junto a otro los bares. Recorro en metro cinco estaciones hacia el centro, y subo las interminables y empinadas escaleras mecánicas del sistema subterráneo. Para cuando salgo a la superficie, ya ha oscurecido. Solo queda una línea color púrpura de sol poniente, situada al oeste por encima de los montes.

Hace calor, entre las casas apretadas, cada tienda, cada entrada, cada objeto deja tras de sí un rastro olfativo: el genuino olor de una pescadería, la nota de amoníaco en los huecos de escalera recién fregados, la capa de aire en torno a un muro de piedra recalentado. Por encima de los comercios casi todas las casas tienen balcones acristalados, llamados *miradores*, que son típicos de x, pero también de ciudades al norte de Portugal. La mayor parte de las casas están saneadas, han perdido su olor a moho, su proletaria estrechez, y sin embargo no hacen realmente efecto de amaneramiento. Delante de las entradas de los bares se apretuja la gente, mujeres y hombres de entre quince y cincuenta, que con su *cuadrilla*, el círculo de amigos, van de local en local, para tomar en cada uno solamente un diminuto vaso de cerveza, el abre-apetito, el aperitivo, y para encontrar otras cuadrillas. En mis anteriores viajes una de las cosas que más me ha impresionado siempre es cómo se alterna aquí. Nadie está solo en el camino, ninguno se emborracha sólo para sí, más aun, los borrachos se respetan mutuamente; pero, ante todo, la manera de andar es cargada, parte de una postura política. Hasta mediados de los setenta las fiestas tra-



dicionales estaban prohibidas, solo en esos años comenzaron a organizarse comités de barrio y grupos de oposición. Desde entonces, las fiestas en x y en los pueblos del entorno se diferencian fundamentalmente de las del resto de la península. Se nota transparencia en todo, las barracas del núcleo festivo pertenecen no a los consorcios de bebidas o a la administración municipal, sino a iniciativas políticas; en la mayor carpa festiva, desde hace treinta años cada verano se entrona una enorme imagen de Marx: Groucho Marx.

No sé por qué lo olvido una y otra vez.

En lugar de sobre la identidad civil europea, sería mejor escribir sobre los evacuatorios de Europa. Sobre los puntos ciegos. Sobre lo que está encubierto, lo que de ningún modo es perceptible a primera vista.

Entro en un bar. En las fotos tras la barra cuelgan signos distintivos; imágenes de presos del barrio: *terroristas*. Gente como Zubieta. Me siento junto al mostrador y pido una cerveza.

Algunos de los que aparecen en esas fotos han matado personas. Dicho esto, es posible que no procedan tan sin orden ni concierto como los guerreros de religión islamistas, que desde hace algunos años afirman representar el polo antagónico del mundo, pero tampoco se han distinguido precisamente por respetar la vida de los demás, ni la suya propia.

En *Lagun erratuena*, la canción de Ruper Ordorika, se dice:

El mundo o uno mismo, la razón o el deseo, / ¿cuál se transforma? / En el veredicto de todas las noches / ¿se sienten culpables o no?

*Lagun* corresponde a *amigo, persona o individuo*; *erratua* puede significar *errante*, pero también *perdido* o *equivocado*. Setecientos individuos-personas-amigos están en prisión, son los que aparecen en las fotos. Todavía deben de vivir 1.500 en

alguna parte ocultos con falsa identidad; ocultos también, Zubie-  
ta y Sarrionandia.

No se sabe exactamente si andan perdidos, equivocados o, simplemente, en movimiento. En la inseguridad de la huida eso nunca se puede distinguir del todo.

En una revista, junto al grifo de la barra, doy con una entrevista a Bernardo Atxaga, el ganador del *Premio Nacional de Narrativa* de España, traducido a veinte idiomas. Se le pregunta al escritor por qué invierte tanta energía en la lengua hace ya tiempo no prohibida, sencillamente superflua.

ENTREVISTADOR: *...a mí, suponiendo que conociera el inglés suficientemente bien, no me importaría abandonar mi lengua materna y pasarme al inglés.*

ATXAGA: *Raras veces sucede que alguien abandone la lengua en la que ha crecido. Tiene que ver con cuestiones familiares, afectivas. Si Ud. me dice que no le parece importante la relación con sus amigos, vale. Soy lo suficientemente viejo para saber que eso sucede. Pero es de igual forma aceptable que otro no funcione así. Hay personas que viajan 2000 kilómetros por un amor, mientras que otras no harían ni 1000 metros.*

*El discurso de que las identidades culturales son intercambiables es un discurso de las metrópolis. Hace poco me visitó un escritor que está considerado como uno de los autores más reputados en lengua inglesa, aunque su lengua materna no es el inglés. ¿Por qué escribe en inglés? Porque proviene de un país de la periferia, y no es lo mismo que cobres tus derechos de autor en dólares o en coronas de Namibia. Detrás de eso existe una relación de poder: entre norte y sur, entre ricos y pobres. Y, dicho esto, no creo que una lengua sea un asunto trascendental. En ella no se refleja ninguna sabiduría colectiva secreta, ninguna forma remar-*

*cable de ser diferente. Es simplemente una lengua que se habla a gusto. Nada más.*

Apoyo los codos. El hombre tras la barra lleva un pendiente y una camisa gastada por el uso con la impresión *Chiapas*; los jóvenes junto a mí tienen peinados a mechones, que algunos en la región en torno a X consideran, por lo visto, moda. Como de paso, dejo vagar la mirada sobre el periódico que uno de ellos ha extendido ante sí. Aquí se lee mucho la prensa, las noticias tienen aún significado real. Informan no solo sobre la escenificación de la política. El joven está enfrascado en un artículo sobre la dudosa construcción de una presa, yo me intereso más por la noticia de al lado. En Francia, dice, han sido aprehendidas una serie de casas.

Me arrimo al que está junto a mí.

No se mencionan nombres de nadie que haya sido detenido. Sin embargo, enseguida tengo la sensación de que esas pesquisas me conciernen directamente.

El hecho de que Zubieta haya regresado a Europa ha cambiado todo.

EL ESCRITOR ATXAGA, EL MÚSICO ORDORIKA y el *¿terrorista? o ¿luchador por la libertad?* Joseba Sarrionandia fundan en los años setenta el círculo literario *Pott*. Escriben textos en la lengua todavía entonces prohibida, traducen a T.S. Elliot y a Kafka, discuten sobre prosa moderna. Su idioma pasa por ser reliquia de una época campesina, o sea, imposible representar el presente en ese idioma. Además, es superfluo, ya que todos los que lo dominan podrían también conversar en español o francés. ¿Para qué se necesita una diferencia que dificulta la comprensión?

El grupo Pott y muchos otros no hacen ningún caso de esa objeción. Durante esos años hacen suya la lengua, la codifican de nuevo. Entonar junto a un coche de la Guardia Civil una canción infantil en la lengua prohibida es más subversivo que cantar la Internacional en español. El lenguaje como acto creativo: todo tiene que ser reinventado, ya que las cosas que quedan fuera del contexto naturaleza-familia-iglesia no tienen designación alguna, no hay formulación alguna desgastada por el uso. Poetas líricos en otros idiomas constatan que incluso a las palabras les son inherentes clichés, prosaísmo vulgar, relaciones de dominio; mientras, para los amigos de la ilegal revista literaria, cada frase es una aventura: tierra abierta.

Sarrionandia pasa a la clandestinidad, es detenido y *escribe*. Ruper Ordorika y Bernardo Atxaga se pronuncian contra los atentados, no pasan a la clandestinidad, no son detenidos y *escriben*. Sarrionandia, del que nadie sabe dónde vive hoy, y que con cada nuevo libro reinventa el idioma que no comparte a diario con nadie o casi nadie, nunca se ha distanciado de la organización con cuya ayuda fue liberado. Ordorika y Atxaga, que están considerados en la actualidad entre los mayores artistas del idioma ya no prohibido pero aún marginal, se declaran hasta hoy partidarios del amigo oculto.

Zubieta finalmente, el que liberó a Sarrionandia de la cárcel, jamás ha realizado la carrera de teatro que se le auguraba. En lugar de ello, ha ascendido a portavoz de la organización, a su cúspide, su símbolo. Su rostro no se encuentra detrás de la barra entre las fotos de los presos, solo porque ha tenido suerte, descaradamente, mucha suerte. Es decir, es casi un milagro que veinte años después de la fuga todavía siga andando libremente.

Pesadilla neurótica. No me sienta bien tomar alcohol antes de acostarme. Cuando me despierto, tengo sed, dolor de cabeza, necesito orinar. Me aparto de Rabbee, que duerme junto a mí, y de inmediato, exhalando un débil suspiro, me arrastro hacia el retrete y reflexiono sobre el sueño: una detención. Desde que Jon, el hermano más joven de Montserrat, fue secuestrado hace dos años por la Policía, me persigue esta imagen. Aquella noche, enmascarados vestidos de paisano le hicieron parar en una carretera, le sacaron del coche por la fuerza y lo llevaron, sin saber por qué, a una comisaría de policía. La Guardia Civil en España puede detener a sospechosos de terrorismo durante cinco días sin que los allegados tengan que ser informados. A esta práctica se la conoce como incomunicación preventiva.

A Jon lo han molido a palos. Han metido su cabeza en una bolsa de plástico y la han atado. Le han amenazado con vio-

larlo. Se han sentado repetidas veces sobre su torso, hasta entrarle el pánico. Han sumergido su cabeza en una bañera. Le han despertado una y otra vez cuando se adormecía. No dejar dormir es uno de los métodos de tortura más efectivos. Pasados tres días, el sistema inmunológico empieza a colapsar, se cae en un estado de confusión mental. Después de que dejaron libre a Jon –la causa fue archivada al cabo de un año–, durante tres meses no pudo dormir solo en la habitación. Según declaró el redactor jefe de un periódico liberal de izquierda, que fue detenido y torturado asimismo en el 2003, el noventa por ciento de las condenas por terrorismo en España se basan en declaraciones obtenidas por medio de la tortura. A pesar de lo cual, ante el tribunal las víctimas no pueden esperar reparación alguna. La Justicia argumenta que la organización instruye a sus miembros para que finjan ser víctimas de malos tratos. En un lenguaje demencial, todos los que presentan una denuncia por torturas son miembros de la organización. Curiosa demostración.

La nueva Europa, ha escrito Haberkamm en un artículo, se distingue –deslindándose de los USA y de su régimen de excepción desde el 11 de septiembre del 2001– por la importancia que concede a los derechos humanos.

¿Será por eso que considero a Europa como un sobredimensionado centro comercial, porque conozco a Jon y su historia?

Hace calor, no corre el aire sobre los tejados de x. Voy a la cocina y bebo hasta sentirme mal. Sé que tomar líquidos es lo único que te protege de los dolores de cabeza a la mañana siguiente, y sin embargo, cada vez me tengo que obligar a beber.

Las nueve de la mañana. Abajo, por delante de la casa, pasan familias con un solo hijo, en camino del mercado a casa. En los coches de niño cuelgan bolsas de la compra.

Mientras Rabbee se afeita, echo una mirada a la colección de discos de Montserrat. De nuevo doy con la canción de Ordo-

rika sobre los amigos errantes, la que oí ayer en la radio. Pasa por mi cabeza que Rabbee podría comparar esta música con Pat Metheny o Herbert Grönemeyer. Para tomarle la delantera, empiezo a hablarle sobre la revista literaria ilegal en la que Ordorika participaba en los años setenta, pero Rabbee, agudo crítico musical y autor de *Textos sobre Arte*, se muestra benigno: «Un poco como Tom Waits, algo terso, no es lo que a mí me va, pero se puede escuchar».

Vestido sólo con una toalla, se sienta en la cocina a desayunar.

En ese momento suena el teléfono.

Katharina al aparato.

—¿Todo bien en casa? —pregunto—. ¿Tenéis buen tiempo?

Para mi tranquilidad suelta una carcajada.

—Aquí *siempre* hace buen tiempo. Ya lo sabes.

Exacto, pienso, en el molino de Armin raras veces descienden las temperaturas en verano por debajo de los treinta grados.

—Quiero decir no *demasiado* bueno. ¿Así que... tenéis *demasiado* buen tiempo?».

—Está bien —Katharina vuelve a un tono reservado.

—¿Y Hanna? —suspiro—. ¿Está bien?

—Sí —Katharina vacila un momento—. Solo que el primer día estuvo totalmente sobreexcitada... ¿Qué demontre habéis hecho con ella?

Esta vez soy yo el que hace una pausa. Me pregunto por qué será que no podemos intercambiar ni un par de frases sin prejuicios.

—Nada —le digo confuso—. ¿Por qué?

—Alex... todavía necesito una firma tuya. ¿Me dices rápido tu dirección?

—Te la mando por correo electrónico.

—Dímela ahora mismo.

—No la recuerdo.

—Se trata de la petición de ayuda por maternidad. Si no la despacho para el miércoles, pierdo el derecho.

Le digo que puede confiar en mí.

—Sin ayuda por maternidad estoy en la calle.

—¡Claro!

Probablemente nuestro problema tiene que ver con que Katharina sabe que no puede confiar en mí en caso de urgencia.

—¿Cuándo vais a venir?

Antes de las vacaciones le comenté que viniera con Hanna a hacerme una visita en X, Y de aquí volaran a Alemania. Ahora, al pensar que su estancia podría cruzarse con la de Rabbee, me siento desfallecer. No me puedo explicar por qué razón me he metido en esto.

—Nosotras saldremos el martes –dice.

Empiezo a calcular.

—Pero antes vamos a visitar a Christian en Madrid –acentúa la frase, como si eso tuviera que inquietarme—. Hasta el viernes no llegaremos a X.

Viernes, pienso, el vuelo de Rabbee sale dos días antes.

—¿Puedo hablar con Hanna? –pregunto.

—Estoy llamando de una cabina.

—Ya te devolveré los dos euros.

—No tengo monedas suficientes.

—Déjame hablar, al menos, lo que alcance el dinero.

Ella se despide con un resoplido. Oigo un crujido en la línea.

—Hola, Hanna, cariño.

No hay respuesta.

—Te echo en falta, tigresa –digo a continuación, sin querer decirlo realmente. A Hanna la quiero, es mi hija, pero, siendo totalmente honrado, en este momento no echo en falta a nadie. Lo que más me gustaría es estar solo, deambular por la ciudad, ir a la playa en el metro, mirar el mar.

—¿Qué has hecho hoy?

Silencio.



—¿Has estado jugando con el erizo?

Con Hanna suelo divertirme. Cuando pasamos tiempo juntos, siempre encontramos un juego en común. Sin embargo, no la echo en falta. Con casi cuarenta años parezco tener todavía la madurez emocional de un adolescente que, apasionado por *El extranjero* de Camus, se imagina a sí mismo como rebelde y vagabundo solitario. Me pregunto si alguna vez se ha dado realmente esa ruptura existencialista de la percepción. Estamos fuera del mundo y lo contemplamos como si se hallara tras una lámina de cristal. ¿O acaso eso no fue otra cosa que un truco de mal gusto?

“Hablas en términos abstractos, porque no te confieras tus sentimientos”, me dice Katharina, cuando nos hablamos. O mejor dicho: me *decía* Katharina, cuando aún nos *hablábamos*. Yo, la mayoría de las veces me encogía de hombros. En el fondo es mucho peor. Hay momentos en los que hablar en términos abstractos es para mí la única conexión con el mundo exterior.

—Papá —por fin, Hanna reacciona. Me pregunta por su gato—. ¿Has visto a Leyla?

—Todavía no estoy en Berlín. Leyla está en vuestra casa... pero aquí, donde yo estoy, hay un gato también. Y le gustaría conocerte sin falta.

Vaya tontería, pienso, ¡qué manera tan estúpida de humanizar el ser de un gato!

—¿Cómo se llama?

Como no tengo ni idea de cómo se llama el gato de Montse, le digo el primer nombre que se me ocurre.

—Zubieta.

...*bieta*.

Me asusto, cuando oigo resonar el nombre en el auricular.

—¿Berta? —pregunta Hanna.

—Exacto —respondo rápido.

Rabbee entra en la habitación, lleva pegado a su oreja un resto de espuma de afeitar.

—*Delfinita* –la llama por el auricular–, ¿eres ya campeona del mundo de natación? ¿Dejas atrás a tu mami en estilo libre?

Durante nuestra visita al molino de Armin le ha enseñado a Hanna a nadar. Podría creerse que él en unos pocos días había construido una relación más íntima con Hanna que yo en cuatro años.

—Mamá dice que soy demasiado pequeña para nadar.

—¿Demasiado pequeña? –responde Rabbee–. ¡Pero si mides ya más de un metro!

En ese momento se interrumpe la comunicación. De repente se hace un gran silencio en derredor.

—No sé qué tienes –dice Rabbee–. Son supermajas, las dos... tú estás hecho un auténtico lío.

—¿Un lío? –miro irritado a Rabbee.